

ADVIENTO 2025/2026

El próximo domingo, comenzaremos un nuevo Año Litúrgico, siguiendo el evangelio de san Mateo

Adviento nos sugiere la cercanía de Dios y nuestra vigilancia. Dos palabras clave: “*cercanía*” y “*vigilancia*”. Dios está cerca de nosotros y Jesús nos invita a vigilar esperando en Él. El Adviento es el tiempo para hacer memoria de la cercanía de Dios, que ha descendido hasta nosotros. Por ello, el primer paso de la fe es decirle al Señor que lo necesitamos, necesitamos su cercanía, reconocer que Dios está cerca, y decirle: “*¡Acércate más!*”. Él quiere acercarse a nosotros, pero se ofrece, no se impone. El Adviento nos recuerda que Jesús vino a nosotros y volverá al final de los tiempos, pero, ¿de qué sirven estas venidas si no llega hoy a nuestra vida? Invitémoslo. Hagamos nuestra la invocación propia del Adviento: «**Ven, Señor Jesús**». Esta invocación podemos decirla al principio de cada día y repetirla a menudo, antes de las reuniones, del estudio, del trabajo y de las decisiones que debemos tomar en los momentos importantes y en los difíciles: *¡Ven, Señor Jesús!* De este modo, invocando su cercanía, ejercitaremos nuestra vigilancia. Es importante estar vigilantes, porque atraídos por nuestros intereses y distraídos por tantas vanidades, corremos el riesgo de perder lo esencial. Recordemos los que San Agustín, nos dice: «*Tengo miedo de que Jesús pase y no me dé cuenta*», por eso hoy el Señor repite a todos: **¡Estad vigilantes!**

El Adviento nos invita a mantenerse despiertos, sin embargo, es difícil. Por la noche es natural dormir. No lo lograron los discípulos de Jesús, a quienes Él les había pedido que velaran al atardecer, a medianoche, al canto del gallo, de madrugada. Y precisamente a esas horas no estuvieron vigilantes: Al atardecer, en la última cena, traicionaron a Jesús; por la noche se durmieron; al canto del gallo lo negaron; de madrugada dejaron que lo condenaran a muerte. Pero sobre nosotros puede caer el mismo sopor. Ahora no vivimos en el día, sino en la espera del día, en medio de la oscuridad y los trabajos.

Llegará el día en que estaremos con el Señor. Vendrá, no nos desanimemos. Hay un sueño peligroso: el sueño de la mediocridad. Llega cuando olvidamos nuestro primer amor y seguimos adelante por inercia, preocupándonos sólo por tener una vida tranquila. Pero sin impulsos de amor a Dios, sin esperar su novedad, nos volvemos mediocres, tibios, mundanos. Y esto carcome la fe, porque la fe es lo opuesto a la mediocridad: es el ardiente deseo de Dios, es la valentía perseverante para convertirse, es valor para amar, es salir siempre adelante: “*La fe no es agua que apaga, sino fuego que arde; no es un calmante para los que están estresados, sino una historia de amor para los que están enamorados. Por eso Jesús odia la tibieza más que cualquier otra cosa*”

El Adviento nos insta a despertar del sueño de la mediocridad con la vigilancia de la oración. Rezar es encender una luz en la noche. La oración nos despierta de la tibieza de una vida horizontal, eleva nuestra mirada hacia lo alto, nos sintoniza con el Señor. La oración permite que Dios esté cerca de nosotros; por eso, nos libra de la soledad y nos da esperanza. La oración oxigena la vida: así como no se puede vivir sin respirar, tampoco se puede ser cristiano sin rezar. Y hay mucha necesidad de cristianos que velen por los que duermen, de adoradores, de intercesores que día y noche lleven luz al mundo ante las tinieblas de la historia: “*Rezar y amar, he aquí la vigilancia. Cuando la Iglesia adora a Dios y sirve al prójimo, no vive en la noche. Aunque esté cansada y abatida, camina hacia el Señor*”

Pasará la noche, aparecerá el Señor; Él, que murió en la cruz por nosotros, nos juzgará. Estar vigilantes es no dejarse llevar por el desánimo, es vivir en la esperanza. Así como antes de nacer nos esperaban quienes nos amaban, ahora nos espera el Amor mismo. Y si nos esperan en el Cielo, ¿por qué vivir con pretensiones terrenales? ¿Por qué agobiarse por alcanzar un poco de dinero, fama, éxito, todas cosas efímeras? ¿Por qué perder el tiempo quejándose de la noche mientras nos espera la luz del día? ¿Por qué buscar padrinos para tener un ascenso y subir y promocionarnos en la carrera? Todo pasa dice el Señor. También nos advierte el Adviento que hay un segundo sueño interior que es peligroso, es el sueño de la indiferencia. El que es indiferente ve todo igual, como de noche, y no le importa quién está cerca. Cuando sólo giramos alrededor de nosotros mismos y de nuestras necesidades, indiferentes a las de los demás, la noche cae en el corazón. Comenzamos rápido a quejarnos de todo, luego sentimos que somos víctimas de los otros y al final hacemos complots de todo. Hoy parece que esta noche ha caído sobre muchos, que exigen sólo para sí mismos y se desinteresan de los demás.

El Adviento nos señala que podemos despertar de este segundo sueño con la vigilancia de la caridad. La caridad es el corazón palpitante del cristiano. Así como no se puede vivir sin el latido del corazón, tampoco se puede ser cristiano sin caridad. Algunos piensan que sentir compasión, ayudar, servir sea algo para perdedores; en realidad es la apuesta segura, porque ya está proyectada hacia el futuro, hacia el día del Señor, cuando todo pasará y sólo quedará el amor. Es con obras de misericordia que nos acercamos al Señor. “*Señor, aviva en tus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, acompañados por las buenas obras*”. Jesús viene y el camino para ir a su encuentro está señalado: son las obras de caridad. La noche está avanzada, ya es hora de despertar del sueño y vestirse con las armas de la luz. “*Ven, Señor Jesús, te necesitamos. Acércate a nosotros. Tú eres la luz: despiértanos del sueño de la mediocridad, despiértanos de la oscuridad de la indiferencia. Ven, Señor Jesús, haz que nuestros corazones distraídos estén vigilantes: haznos sentir el deseo de rezar y la necesidad de amar*”.